



INSERTUS
Tourism & Consulting



INSERTUS S.L.

B10434645

Sanguino Michel 28, Local 2. Cáceres 10001

DISEÑO DE UN EVENTO CULTURAL SOBRE
LOS VETONES EN VALLE DEL AMBROZ.

DOC 3. TEXTO REPRESENTACION TEATRAL



Autora: Montaña Granados Claver

REPARTO

DOVITENA: Mujer viuda de un antiguo jefe guerrero. Ha perdido a sus hijos varones en los enfrentamientos con los romanos.

MAGAMUS: Druida responsable de la ceremonia del Solsticio.

TALTICUS: Jefe Militar, sobrino de Dovitena

EBURO: Guerrero

MALGEINUS: Campesino loco

AMBATUS: Herrero

CAMIRA: Hija de Dovitena

OFERENTES

4 doncellas que portan y entregan los elementos: Agua, Fuego, Trigo, hierro. En la ceremonia de iniciación que es solsticio.

JINETES DANZANTES.

4 jinetes mitad hombres mitad caballo (mascara) danzan sobre el fuego en la ceremonia de la guerra.





Escena I

Tras la expulsión de los cartagineses de la península, el imperio romano gana posiciones. Durante años los distintos pueblos se unieron en la lucha bajo el mando de Viriato (135 a. C), Una vez muerto, la resistencia se convierte en residual en las zonas ocupadas, pero en el valle del Ambroz las escaramuzas y revueltas son habituales. En el Solsticio, en la ofrenda al sol, dos mujeres intentan conservar la paz. Dovitena mujer de antiguo Jefe y su nieta. Dovitena mujer sabia, se retiró al monte con su nieta después de perder todo en la batalla con Viriato, y solo ha bajado para celebrar el solsticio en el que su nieta será protagonista. En el poblado los jóvenes y el jefe tienen puesta la atención en preparar una emboscada a los romanos y no celebrar la ofrenda.

Se oye ruido de tambores y de martillos en el yunque. Aparecen dos mujeres en la escena, una de ellas porta una vasija.

Camira_. Abuela, ¿qué son esos ruidos?, llevan sonando desde la pasada luna, y en las calles no se ve ni un alma.

Dovitena. -ruidos de muerte Camira. Vaelico ha vuelto a insuflar su aliento a los hombres del oppidu. Pocas lunas han pasado desde la última vez que sonaron esos tambores y el fuego arrasó el castro y nuestros animales huyeron despavoridos a las cumbres. Pocas, o al menos pocas me parecen para olvidar el llanto de los niños, el olor a carne quemada, y el aullido del lobo entre el fuego y la sangre.

Camira. - Madre, ¿de muerte? ¿Es que acaso llamamos a la muerte? ¿No viene sola?, no la llaman nuestros caballos y mueren, ni nuestras bestias, ni



los arboles del bosque, ni las flores de la pradera, madre y la muerte viene siempre cuando cumplimos nuestro tiempo.

Dovitena. - la muerte viene, sin llamarla, pero los vetones gustamos de avisarla si lleva tiempo sin extender su manto en nuestro pueblo. Nuestros guerreros y jinetes parece que escuchan los consejos de Vaelico con más atención que las suplicas del bosque y de las mujeres solas. Son los hombres olvidadizos, y los viejos henchidos por la posibilidad de demostrar aún su fuerza y los jóvenes por ganar la gloria, que se hace difícil lograr con el trabajo en el campo. Andan revueltos, excitados y en un día como hoy en el que el sol nos recuerda que todo lo puede y la naturaleza se rinde a su poder, hoy en el día más largo, volvemos la espalda a Laribus, el protector de nuestras familias y Cosus el guerrero llena el corazón de nuestros pueblos.

Camira. - Entonces, ¿no celebramos hoy la llegada del estío?, ¿no haremos la ofrenda que portamos?

Dovitena. - Si hija, al menos nosotras y Magamus, elevaremos nuestras oraciones y ofrendas al sol, para que la cosecha sea rica, los animales crezcan fuertes y ¿por qué no? la luz del sol guíe a nuestros jinetes en la batalla.

Se vuelven a oír tambores, aparece un joven que porta una espada de hierro, y lleva un arco en la espalda.



Eburo. - ¡Gran día es hoy cuando estas mujeres se dignan a bajar al castro! ¿Demasiado trabajo en la sierra? ¿O es que están cansadas de tratar solo con bestias y vienen a deleitarse con nuestra presencia?

Camira. - ¿Cansada? ¿Cansada de bestias? Si estuviera cansada no estaría hablando contigo, pues no veo yo mucha diferencia entre mi caballo y tú persona, si me apuras el mío está más limpio.

Eburo. - ¡Serás insolente!, ¡hoy que traigo yo mis mejores galas! algún día lamentaras lo que has dicho y vendrás detrás de mí como un perro.

Camira. - Jajaja, no tienes al destino a ver si voy a ir detrás de ti como un lobo.

Dovitena. - Eburo, veo que eres tan limpio y listo como tu padre (con doble intención)

- ¿Acaso no sabes que hoy es el día en el que el sol es más poderoso? ¿Que hoy es el día del sol largo? Y que nosotras no seguimos esos nuevos dioses que trajeron cartagineses y romanos.

Eburo. - Dovitena no somos nosotros impíos, es que otros motivos tenemos para encomendarnos a los dioses, mañana marchamos a la batalla y es necesario que los dioses antiguos, los espíritus sagrados de nuestros ancestros, los de los cartagineses, incluso los dioses romanos estén de nuestra parte. Y aunque el divino sol y Bandue la diosa de la fortuna espera nuestras ofrendas para darnos un verano lleno de bienes, nada tiene de malo que elevemos nuestras plegarias al dios de la guerra para que nos guie en la batalla. Debéis acompañarnos, todo el



poblado se reúne en la plaza y los jinetes comienzan la ceremonia del fuego.

Camira.- Acompañaros, acompañaros ¿no dices que estamos mejor con las bestias?

Eburo. -Acompañarnos a la ceremonia de iniciación a todos los que vamos a partir mañana, ven conmigo, voy a por mí caballo y te prometo que vas a saber diferenciar entre un jinete y un asno.

Camira. -No veo yo que vayas asombrarme, a buen seguro que mi montura es mucho mejor que la tuya y que gana en velocidad y yo misma te gano en destreza sobre su grupa. Pero si mi madre lo permite, te acompañaré quiero estar con los jóvenes y disfrutar de esta ceremonia en la que nunca he estado.

Dovitena. - Camira hija, no creo que debas ir. Claro que no los conoces, abandoné el castro precisamente para alejarte de estos ritos, de estas luchas y sobre todo de los jinetes, esos jinetes como Eburo que desperdician su vida y la de sus caballos en batallas inútiles.

Eburo. - No sea tan dura, no creo yo que desperdiciemos nuestras vidas. Todas las batallas de todos los jinetes han sido para mantener nuestros animales, nuestras cosechas y nuestras casas a buen seguro.

-Y tú lo sabes ¿por qué vas a prohibir y negarle a tu hija los momentos, los ritos, las risas y las emociones que tú misma tuviste, pues jinete fue tu marido y tus hijos, guerreros y según me ha contado mi padre valientes y arriesgados.



-Tú lo acompañabas en la batalla cuando podías y te subías a la grupa del caballo el día antes de la batalla, animando a los vetones y en la batalla final, junto a Viriato mataste un cordero para que retornaran vivos de aquella.

Camira. - ¿Es eso cierto madre?

Dovitena. - Tiene razón. Vetona, madre de guerreros, hija de guerreros, esposa enamorada y guerrera yo misma. Jinete veloz fui en otra ocasión, pero ahora, ya solo soy madre sin hijos, viuda consciente que ni todos los caballos, ni todas las guerras, ni todas las batallas son capaces de suplir en mi alma el vacío que me quedó. No quiero que mi Camira pase por ello, pero quizás tengas razón y deba emocionarse con las carreras, sentir el fuego en su mirada, reír y llorar y asombrar con su yegua a todo el poblado. Ve hija, y demuestra de qué casta eres.

Los dos jóvenes hacen mutis, Dovitena se queda en escena cuando va a marcharse aparece haciendo cabriolas y malabares Malgeinus

Dovitena. - el que faltaba, Malgeinus, el comedor de setas. Me voy antes de que me vea.

Escena III

Malgeinus es un esclavo al servicio de Talticus, cuentan que perdió la razón por la afición a las setas, cuida los animales y ayuda al druida a recoger plantas.

Malgeinus. - viene haciendo malabares. Y gritando, ¡ya viene el sol del estío!, ¡vamos a la batalla! Miren como tiemblan los romanos al ver mis



poderosas armas, (muestra dos puerros al público y simula una lucha como si fueran espadas).

- ¡por el poder del puerro! ¡Arrodíllate romano!

- (vuelve dirigirse al público como si ellos fueran los romanos), os doy miedo ¿eh?

Entra en escena un hombre ataviado con atributos de guerrero y otro que porta un martillo en la mano.

Talticus. - ¿Qué haces Malgeinus, qué voces son esas? ¿No te he dicho que fueras a ver al hombre santo para ayudarlo y decirle que incluya nuestra ofrenda en la ceremonia del sol largo?

Malgeinus. - Sí señor, sí señor, sí señor, pero es que me he encontrado con los romanos y les estaba dando una lección.

Talticus. - ¿Dónde? Y ¿qué manos? ¿Si aún no han atravesado el río?

Malgeinus. - Aquí mismo, (apunta al público) no ve los asustaitos que los he quedado, con mi espada (levanta el puerro).

Ambatus. - (burlón) Tranquilos los has quedado, y ya veo Malgeinus que no te hacen falta a ti mis servicios pues son poderosas tus armas. Tanto como tu aliento.



- Talticus, me parece que no vamos a necesitar más espadas en la batalla, con los puerros de Malgeinus no habrá romano que plante cara...

Malgeinus. - Eso ¡por el poder del puerro!

Talticus. - Ambatus, no le des crédito, que nos son momentos de broma. Y tú Malgeinus ve a buscar a Magamus y asegúrate que tenga todo a punto para la ceremonia.

Malgeinus, protesta y marcha haciendo pantomima de lucha y malabares.

- Si no fuera porque lleva tanto tiempo a cargo de mi familia y le debemos tanto, le hubiera regalado, pero ha sido fiel y a fin al cabo no tuvo la culpa **de perder la cabeza.**

Ambatus. - Bueno nada de culpa, alguna si tuvo que tener que el hongo mágico tiene que ser usado con mesura y sabiduría.

Talticus. - Ambatus, ¿también tú crees esa historia?

Ambatus. - ¿no habría de creerla?

Talticus. - no nada tiene de cierta, Malgeinus perdió su razón el mismo día que ganó la gracia, una tarde de tormenta quedó atrapado en el monte con un ternero por miedo a ser castigado si se perdía, intentó cogerlo en brazos y vadear el arroyo con él, pero cayó y el becerro llegó solo. Tardó 2 lunas en despertar, pero las oraciones de Magamus y las pócimas de Dutia la curandera nos lo devolvieron, pero nunca fue el mismo y una parte de él está aquí y otra no sabemos dónde.





- Desde entonces, parece mantener conversaciones con espíritus que no vemos, y entiende al río, al arroyo e incluso puede hablar con los romanos parece.

Ambatus. - ¡cómo me queda! No volveré a reírme del pobre Malgeinus.

Talticus. - Dejemos la charla y vamos a lo que nos ocupa. Han llegado noticias de las tribus de Coeperense, los romanos han entrado en guerra otra vez, y parece que vienen hacia al norte en busca de botín, no tienen bastante con habernos impuesto sus costumbres, y haberse apropiados de algunos de nuestros dioses. Además de nuestros expertos jinetes, quieren nuestro ganado y nuestras minas. Nuestra tribu no bajará a vivir con ellos, y si suben a nuestros castros los esperaremos armados y lucharemos. Por eso amigo, tienes que poner a funcionar tu fragua, que no haya hombre o mujer sana que no tenga un arma.

Ambatus. - no tengo mucho hierro en mi fragua Talticus y te recuerdo que las guerras Lusitanas quedaron nuestro pueblo mermado, pero si es lo que quieres así lo haré. Aunque no es de buen augurio forjar armas en el día del sol largo.

Talticus. - No me vengas con cuentos, sacrificaremos un ternero a Vaelico para que esté de nuestro lado.

Ambatus. - (en voz baja) como lo estuvo en la batalla con Viriato...

Abandonan la escena





Escena III

Suena música, 6 jóvenes entran danzando con máscaras de caballos saltan y giran. Ebuero y Camira están en el grupo, se quitan la máscara y ríen mientras los otros se van.

Ebuero. - ¿Ves Camira, cómo tu sitio está con nosotros.

Camira. - Desde luego que es este nuestro sitio. Sentir el viento en la cara mientras galopamos, y recoger a lazo el ganado.

- ¿Has visto como salta mi yegua luna? Ni el fuego la desorienta.

Ebuero. - ¡Ay! Camira, que vas a tener que acompañarme a la batalla. Jajaja.

Camira. - (Seria) Ebuero, ¿por qué quieres ir a la guerra, con los romanos?, si hace más de dos lustros que nos ocuparon el valle y que comercian con nuestros pueblos. Me contó Eutia que hasta hacen Honores a la ninfa caparensi en el poblado de la Vía de la plata.

- ¿Acaso no os dais cuenta que son poderosos, que, aunque nos paguen nuestras armas, nos admitan en sus villas o adoren a nuestros dioses, no hace mucho que masacraron nuestras ciudades y nuestros abuelos y padres perecieron?
- y saben sacar lo peor de nosotros y arrojarnos a luchar unos contra otros, recuerda lo que hicieron con Viriato.

Ebuero. - Cada generación ha de tener su gesta Camira. No son tiempos de gloria y esplendor para la nuestra, Yecla y Ulaca, son sólo un nombre



que a veces trae el viento, pero no podemos dejar que se olvide, se lo debemos a nuestros ancestros. Además, aún resisten en el norte, y podemos sumarnos y desde allí reiniciar la conquista.

- Hay nuevo cónsul, y en Roma se dividen el imperio. Necesitan trigo y reses y nuestros jinetes y contamos con la sorpresa de que nos creen acabados.

Camira. - ¡Está bien Ebuuro! no voy a convencerte, pero al menos lo he intentado y no desistiré hasta que me prometas que me ayudarás a que tu padre respete la ceremonia del Sol Largo. Este año me estreno como oferente y llevo tanto esperando, ya seré adulta y no tendré que vivir retirada con mi abuela.

- Mañana si quieres nos entregamos a la batalla e incluso iré contigo.

Aparece en escena Talticus.

Talticus. -Ebuuro estas aquí, y veo que en muy buena compañía.

- Benditos los dioses que te traen al castro querida Camira. ¿Pero y tu abuela? ¿ha decidido honrarnos con su presencia? Esa mujer, ¿cuando dejará el monte y vivirá con nosotros? no es la única viuda, y no estaría de más que ayudara a mantener la tradición junto al resto de ancianas.
- Pero bueno, mi tía siempre ha sido testaruda, y esto se escapa a tu influencia, mi querida niña.

Camira. - hemos venido a la ceremonia del Sol Largo, este año es mi primer año como oferente. ¿Vendrás a verme? Precisamente estaba diciéndole a

Eburo que es necesario más que nunca que sea una gran ceremonia, y que al menos esta noche honremos al sol y la madre naturaleza.

Talticus. - Así será, pero sabes que tenemos otras preocupaciones, los compañeros de Caparra nos informan que los romanos andan revueltos, que se han llevado algunos al Norte, a luchar con los Vacceos y que incluso a los más diestros se los llevan a las tierras del fin del mundo. Es el momento de intentar recuperar algunas de nuestras tierras y abrir de nuevo el camino de la Plata. Ahora que flojean, al menos volver a surtirnos de hierro y materia para hacer correr nuestros lagares.

Eburo. - Se lo estaba diciendo Jefe, pero Camira no es amiga de empezar guerras el día Más Largo. Y su abuela ni siquiera lo considera, que se ha ido a preparar la ceremonia.

Camira. - Talticus, acabo de enterarme que mi abuela no siempre fue así, que luchó al lado de su esposo y sus hijos, que fue la oferente más famosa en todas las sierras, hasta en Ulaca. Por eso, y porque aunque tengamos otros dioses ella es oráculo y tiene el poder de la cura en sus manos, quizás debas escucharla y plantearos la conveniencia de esta batalla.

Entra en escena Ambatus, viene acalorado.

Ambatus. - ¡Ahhh! estáis aquí, ¡no puedes creer lo que ha sucedido!

Talticus. - No puedo creer que esté aquí en vez de forjando flechas y espadas.



Ambatus. - Talticus eso quería hacer, y en cuanto te he dejado he ido a la fragua, y me ha costado sobremanera hacer el fuego, pues a pesar de que fuera de la herrería no se movía una brizna, cada vez que iba a introducir el duro metal en la fragua, este se apagaba.

Finalmente he conseguido encenderlo y el crisol se ha derramado en el molde, y a golpe de martillo he podido dar forma a una espada, no como me hubiera gustado, pues nada funcionaba como de costumbre, y cuando he ido a introducirlo en el agua que mana de la fuente fría, esta se ha filtrado por la piedra ladera abajo. Y sin templar el hierro no servirá para nada. Parece cosa de genios o ninfas o hadas.

Talticus. - ¿tú también has sido poseído por la superstición Ambatus?, o ¿es que los romanos te han pagado mejor las espadas.?. Ya sabes cuál es el castigo por traicionarnos.

Ambatus. - Me ofendes Talticus, juro por mis ancestros muertos en batalla que lo que te cuento es cierto. Llama a Magamus y a Dovitena que con sus propios ojos lo han visto.

Talticus. - ¡Vieja lianta! Camira y Eburo id a buscar a Magamus y a Dovitena, nos reunimos aquí y mientras vamos Ambatus a ver qué pasa en la fragua.

Todos abandonan la escena y se hace el oscuro.





Escena IV

Se acercan a escena Dovitena vestida de ceremonia con Magamus, portan un cetro y la vasija que portaba Camira al principio. Detrás de ello Malgeinus anima a la gente a aplaudir.

Magamus. - Dovitena, bendito sea tu don, que ha conseguido parar la fragua, el sol y el espíritu del bosque no quieren armas en su día. Hasta Cerea la ninfa ha salido huyendo del fuego. Pero parece que todos están de acuerdo y este día se dedicara a honrar al hacedor de luz que todo lo puede. Solo nos queda ver que hace Talticus.

Dovitena. - Magamus, solo una cosa puede hacer mi sobrino, rendirse a la evidencia y a la voluntad de los dioses y sumarse a la ceremonia como todos.

Malgeinus. - ¡Eso, eso, a la ceremonia todo el mundo!, (al público) ¡Uyyy, que cara de romano tienes! ¡Que te voy a tener que dar la bendición del puerro!

Magamus. - ¡Malgeinus, calla! deja a la gente, ¿tienes preparada las ofrendas y la música para las oferentes?

Malgeinus. - Sí señor, y me he preparado la danza del puerro para ofrecer con ellas.

Magamus. - (Levanta el bastón y hace ademán de pegarle) Valiente oferente, te cojo...





Dovitena. - (Dovitena le para y le guiña un ojo dirigiéndose a Malgeinus)
Malgeinus, tú tienes un papel mejor, ve a las reses y trae la leche de la mejor de nuestras vacas para ofrecerla al sol, con ella y tus puerros seguro que el sol y la diosa Carus nos conceden un año lleno de beneficios.

Aparecen Eburo y Camira por un lado y Talticus y Ambatus por otro.

Talticus. - Ah aquí estáis enredadores, ¿qué habéis hecho con la fragua? No podéis dejar a los dioses en paz por un día. ¿Y tú tía, no te da vergüenza? ¿Boicotear la fragua e impedir que vengamos la muerte de mis primos y mi padre?

Dovitena. - Talticus yo no he hecho nada, no porque no me parezca un error rebelarnos contra los romanos en estos momentos, donde todos los signos están en contra, sino porque como bien dices respeto demasiado a los dioses como para burlarme de ellos.

Ambatus. - Jefe, no se da cuenta que es un error, estoy seguro que Dovitena no ha tenido nada que ver en esto, debéis escuchar sus consejos y los de Magamus, al fin y al cabo, ella es el oráculo hasta que los dioses designen otro y él es la voz de lo sagrado. Quizás debamos construir más herramientas y herraduras y menos armas.

Camira. - Tío así debe ser, y me has prometido que tendré mi ceremonia como oferente. (se acerca a él y le da un beso)

Talticus. -Está bien Magamus, pero incluye nuestra ofrenda espero que los otros dioses no se pongan en nuestra contra. Pueblo supersticioso, como lo saben los romanos.





Malgamus.- Empecemos la ceremonia pues.

Escena V

Se colocan al lado del Verraco, Magamus se da la vuelta y se coloca la máscara ceremonial.

Magamus. - Hombres y mujeres de estas tierras del toro, de aguas profundas y ricos suelos, nos encontramos aquí en este día cálido, en el solsticio de verano en el que el sol en su plenitud nos augura una buena cosecha y hace las noches cortas para que los amores, los gozos y el trigo sean abundantes en estos lares.

- Acercaos, guerreros, jinetes, esclavos y pastores descendientes de vetones, que pescáis en estas aguas, recogéis el fruto de los bosques y guiais al ganado de pasto en pasto.

Entran las oferentes con Camira a la cabeza, cada una porta una cesta que deposita en la entrada y comienzan la danza del Sol. (danza en las que las oferentes realizan coreografía y acrobacia).

Camira. - En nombre de las ninfas que habitan el agua, Caparensis y Cerea, para que con sus juegos y su canto llenen ríos y fuentes de estas comarcas. (baila y deposita la vasija con agua).

Oferente 1.- En nombre de los campos, de las tierras y de los ancestros que nos enseñaron a cultivar, al sagrado sol ofrezco estas primeras espigas





para que la tierra sea fértil y la cosecha abundante. (baila y deposita cesta con espigas).

Oferente 2. - En nombre del fuego de la forja, de la tierra, al sol que todo lo puede, ofrezco esta daga que ponga de nuestro lado la fortuna en la batalla. (baila y deposita la daga).

Oferente 3. - En nombre de las mujeres y los niños futuros, de las hembras preñadas para que den su mejor fruto, dejo estas flores a los pies del toro sagrado. (baila y deposita una corona de flores).

Magamus. - Sea entonces...

Malgeinus. - (interrumpe). Mi ofrenda, mi ofrenda.

Magamus. - (hace ademán para que continúe)

Malgeinus. - por el poder del puerro y la leche de mi vaca alba, (da la vuelta al cuenco y cae la leche). Bueno por el Poder del puerro y del cuenco, para que tengamos un año lleno de bienes. (baila y hace malabares)

Magamus. -Sea entonces (danza ritual y se descubre)

En el día más largo,

Con el sol en el ocaso y la luna nueva rindiéndose al astro por el horizonte.

Con el calor que germina plantas y bestias, y hace crecer los vientres de la tierra preñada.





Para que el rayo divino llegue a nuestros caballos que encuentre alimento en los prados y se dejen guiar por el jinete que en su grupa se funde.

Para que el agua pura refresque nuestros cuerpos y ponga a funcionar molinos y lagares.

Para que niegue el laurel la cabeza de nuestros enemigos

Para que nuestras blancas vacas sigan dándonos abrigo y alimento

Elevamos estas ofrendas y pedimos que el solsticio nos sea favorable.

FIN

Música y bailes

